



CAMINO

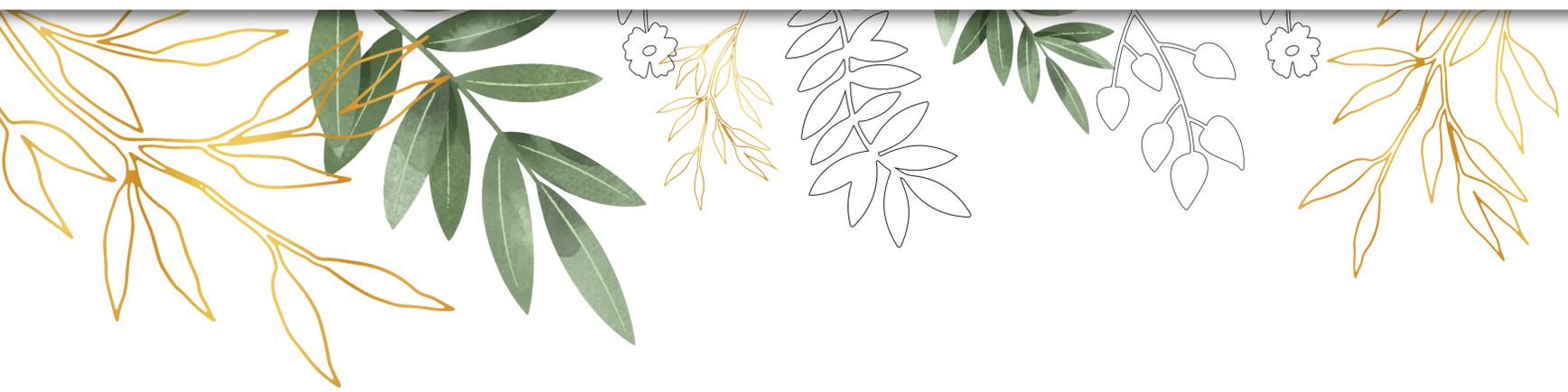


BELEN



DOS:  
PREPAREN  
EL CAMINO





Llega diciembre y empieza a percibirse eso que llamamos “espíritu navideño”. No sé si en verdad responde al espíritu de la Navidad o si se trata más bien de una puesta en escena. Porque convengamos que el gran protagonista, el Dios-con-nosotros, suele brillar por su ausencia. ¿Dónde vamos a poner al Niño? ¿Qué lugar va a ocupar? Son algunas de las preguntas que deberíamos hacernos. Porque no nos engañemos: lo más complicado de la Navidad es prepararle un lugar a ese niño envuelto en pañales. Se nos va el Adviento desempolvando el arbolito, desenredando guirnaldas de luces, buscando la caja con los adornos, armando el pesebre, cambiándole las pilas al Papa Noel que toca Jingle bells mientras tarareamos la partecita que dice “Navidad llegó y llegó el amor” (y como llegó se fue), discutiendo dónde y con quién la vamos a pasar este año, pensando en la comida, los regalos, recorriendo vidrieras... No puede faltar nada, nada salvo el Niño.

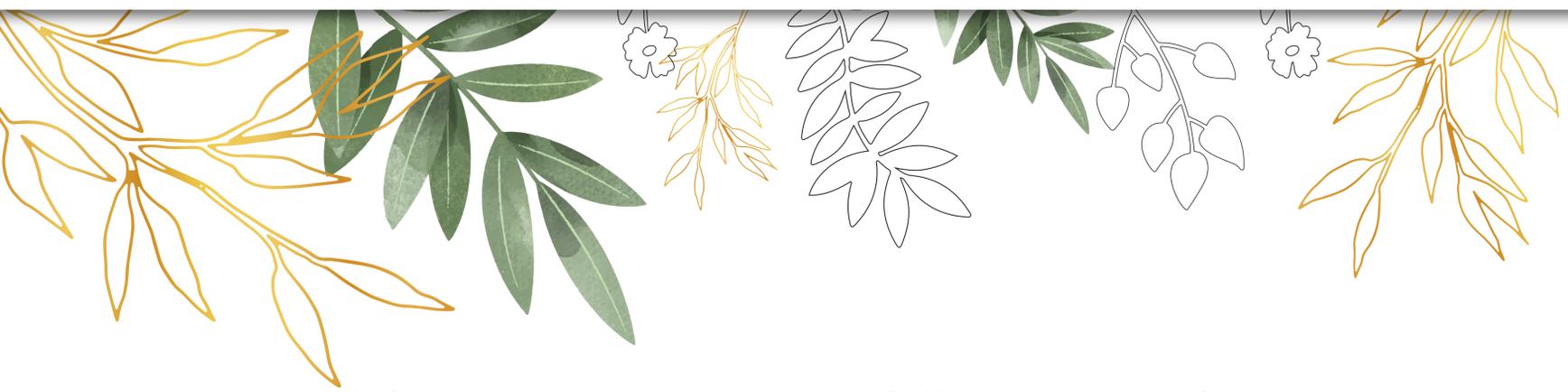
# e tamaño de tex





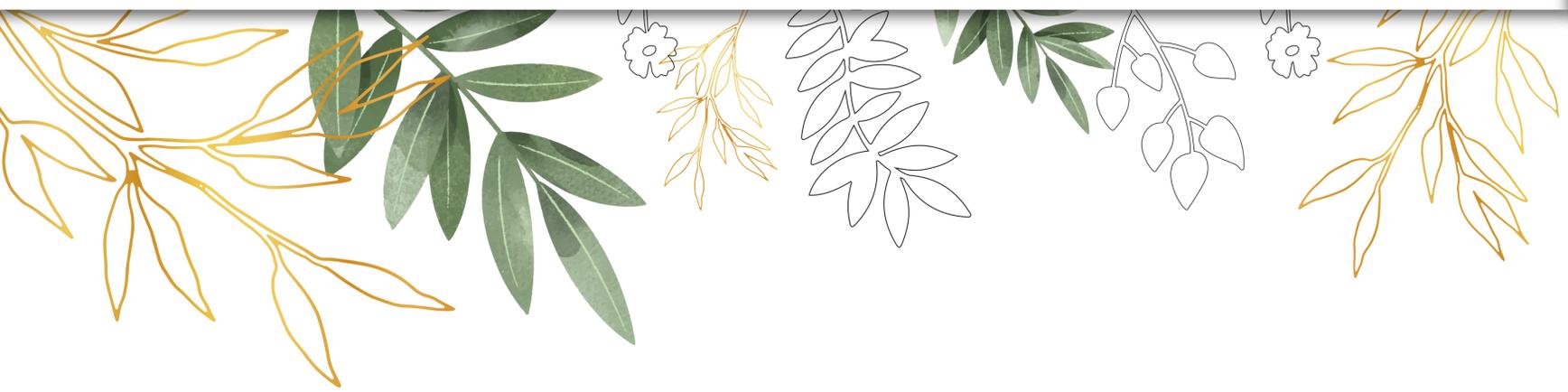
Preparar el camino, hacerle lugar a Jesús, es lo más importante. En lenguaje cristiano a eso lo llamamos conversión, es decir, cambio de mentalidad. Porque la verdadera conversión no pasa por un cambio moral, un simple dejar de hacer algo o empezar a hacerlo. Por supuesto que está buenísimo cambiar hábitos dañinos o asumir hábitos que nos ayuden a vivir mejor. Pero eso dista muchísimo de una auténtica conversión. Convengamos, en primer lugar, que la conversión es una tarea permanente. Todos los días necesitamos sacudir el polvo de la mundanidad que se adhiere a nuestras sandalias. Diariamente necesitamos rectificar nuestras intenciones, sanar emociones, reconocerlas, volver a la casa del Padre, experimentar su abrazo misericordioso, restaurar lazos, revisar nuestros criterios. “Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús” dice Pablo a los cristianos de Filipos. La conversión es un cambio de mentalidad. Yo puedo cumplir los mandamientos (ya es mucho, seguro, como el joven rico), llevar una vida correcta y respetable (apariencia de santidad, como la de los fariseos), pero puedo hacerlo simplemente por temor al castigo, por falta de coraje para incumplir reglas, por miedo al qué dirán, porque vivo reprimiéndome, por respeto a la autoridad, por comodidad. Y eso no es estar





convertido. Pensemos en el hijo mayor de la parábola. “Jamás desobedecí ni una sola de tus órdenes”-proclama. Y sin embargo, vivía en un resentimiento constante que le impedía reconocer a su hermano (“ese hijo tuyo”) y lo llevaba a habitar afectivamente lejos de su padre. La conversión implica un cambio de mentalidad. Es curioso como el mundo contemporáneo al tiempo que critica determinadas palabras, a las que atribuye una connotación religiosa, busca desvirtuar el significado de las mismas (quizás debamos hacer también un mea culpa) y reemplazarlas por otras que significan prácticamente lo mismo. Hoy está mal visto hablar de “caridad” en su lugar se habla de “solidaridad” y se dice que la primera es vertical y la segunda horizontal. En realidad, lo que sucede es que se confunde a la caridad con la limosna humillante porque muchas veces nuestras prácticas así lo demuestran. Algo similar sucede con el término “compasión”, sentimiento genuinamente cristiano (a Jesús se le removían las entrañas, sentía compasión...) que se lo asocia a la lástima y entonces se elige hablar de “empatía”. Lo mismo ocurre con la palabra “conversión” que reducida al ámbito de la moral pierde su fuerza y pareciera ser un vocablo antiguo propio del mundo religioso.





Entonces se pregona la necesidad de una “deconstrucción”. “Hay que deconstruirse”. “Estoy deconstruido”. “Estoy en un proceso de deconstrucción”. ¿Cuántas veces escuchamos estas expresiones? Convertirse (metanoia) no es otra cosa que ese cambio de mentalidad, poner en cuestión, analizar, preguntarse, buscar, para –con la ayuda imprescindible de la gracia– pensar y actuar con los criterios del Evangelio. Preparar el camino a Belén. Preparar el camino para el encuentro con Jesús. Hacerle lugar al Niño en el corazón. Son los grandes desafíos del Adviento.

En esta semana te proponemos entonces que te tomes un tiempo para examinar tu vida.

¿Cuáles son tus motivaciones? ¿Cuáles son tus convicciones más profundas? ¿Qué lugar ocupa Dios en tu propia vida? (De verdad, sin engaños. ¿Misa dominical? ¿Comunión frecuente? ¿Oración? ¿Amor al prójimo? ¿Contacto con la Palabra?).

Después de ese examen, te invitamos a que des gracias por todo lo bueno que descubras, por los signos de su presencia; para luego, entonces sí, acercarte a hacer una buena confesión. Dale, animate. Hacedle lugar a Jesús en el corazón. Y acordate: Sin Jesús no hay Navidad.





Para la oración final

En estos días de diciembre, entrado ya el adviento, comenzamos a ver en las vidrieras y en las calles de nuestros pueblos y ciudades, en la tele, algo así como un rebrote tierno de humanidad. La alegría se hace luminosa y florecen las ilusiones. Pero la pregunta es: ¿Dónde ponemos al Niño? ¿Dónde lo ponemos para que no nos moleste?

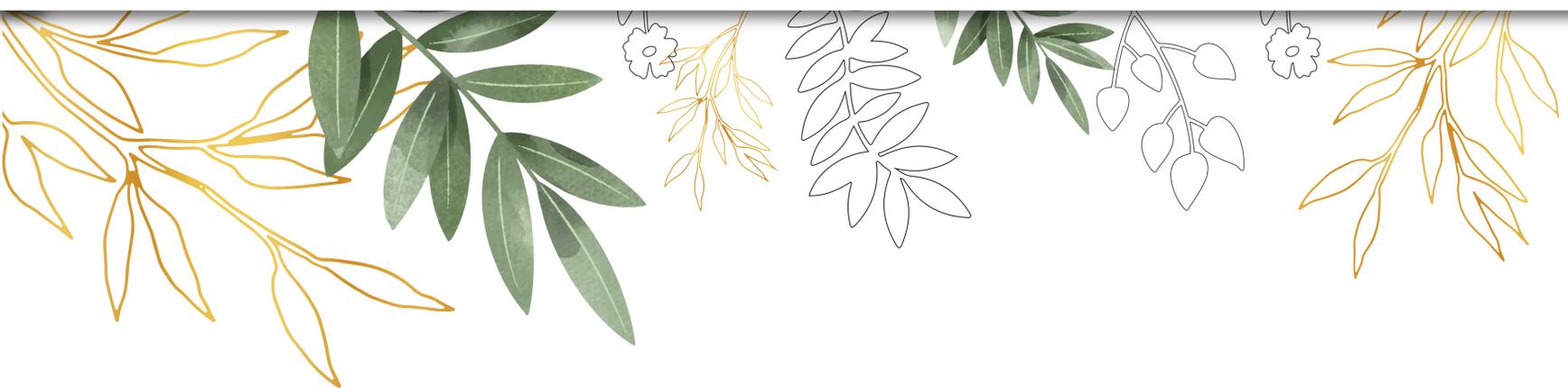
Porque este Niño -no nos engañemos- ha sido siempre un estorbo. Ya antes de nacer estuvo fastidiando a los vecinos de Belén en plena noche. ¡A quién se le ocurre! Y como era lógico le dieron con las puertas en la nariz.

¿Y al pobre Herodes? ¡El susto que le dio cuando los sabios le dijeron que en Belén iba a nacer el rey de los judíos! Con lo que a él le había costado llegar a ser rey. Muchos inocentes murieron a causa de esto. Y este Niño se larga a la vida muy alegre.

Un molesto el Niño, se lo digo yo. Y para qué le cuento cuando fue mayor. Hasta su familia lo tuvo por loco. ¿Y cuándo se le ocurrió despeñar a los cerdos? Un aguafiestas, se lo aseguro.

Y si no, pregunten a los fariseos, los escribas y los doctores de la ley. ¡Los dolores de cabeza que les dio! Por algo se lo quisieron sacar de encima.





¿Dónde ponemos entonces al Niño para que no nos moleste? Porque si a este Niño se le da por fastidiar... ¿Dónde lo ponemos? ¿En los pesebres de montañas de papel y casitas de cartón? ¿Entre las ovejitas, el asno y el buey? Todo muy tierno. Que no falte nada por favor. Que el Niño se encuentre a gusto para que no nos moleste.

¿Dónde lo ponemos? ¿En la bolsa de plástico mugrienta de la vieja artrósica que pide limosna? ¿Junto a los cacharros multicolores que venden los tobos en las plazas? ¿O lo damos a ese borracho envejecido prematuramente y que termina a diario caído en la vereda? ¿O, tal vez, a esos jóvenes que sueñan con la falsa ilusión que les dan las drogas?

¿Dónde los ponemos? ¿No será mejor llevarlo a las villas, o al asilo de ancianos o a los hospitales, para que cuando el Niño llore o grite no nos moleste? Porque seguro va a llorar y gritar entre tanta miseria, abandono e injusticia.

¿Dónde lo ponemos? ¿Dónde? Porque nos hemos empeñado en celebrar unas navidades felices y sin Niño. ¡Y vamos a conseguirlo!

